

Documento El 6 de junio de 1940, desde el Hotel de France de Perpiñán, Joan Miró escribe a su marchante Pierre Matisse las razones por las cuales se ha decidido a regresar a su Catalunya natal, entonces bajo el franquismo. Publicamos esta carta con la gentil autorización de Paul Matisse, heredero de Pierre Matisse, y de la Successió Miró, Palma de Mallorca

Una carta de Miró a Pierre Matisse

VICTORIA COMBALÍA

Deseosos de encontrar un nuevo tema respecto a Joan Miró, la exposición *La escala de la evasión* en la Fundació Miró de Barcelona –con la ausencia de numerosas obras fundamentales que sí habían podido verse en Londres– quiere mostrar la reacción de Miró a su época y a su entorno político y social. Los comisarios ingleses señalan en el catálogo, con razón, que Miró solía pronunciarse pocas veces políticamente con contundencia. Pero en su afán por hallar nuevas tesis cargan un poco las tintas en sus interpretaciones de algunas obras, y así llegan a decir que las pinturas salvajes de Miró de 1934 son un eco de las huelgas de los mineros de Asturias y que la presencia de unas piernas en la imagen de un señor bigotudo en un collage representan la respuesta de Miró a la victoria del Frente Popular de 1936 (!). De todas formas, el catálogo contiene interesantes textos, como el de María Luisa Lax y el de Teresa Montaner en el que descubrimos que Miró tenía planeada una contrapartida al *Gernika* de Picasso, un mural igual de grande y que nunca llegó a realizar. El pintor escribió: “Hacer una gran tela (como la de Pablo) pero de un espíritu diferente, de evasión y del lado eterno de la vida”. En esta obra, sigue anotando Miró, tendría que verse “un niño herido, (...) unas casas en llamas, un avión hecho como un pájaro de forma fantasmagórica en el espíritu de Brueghel o del Bosco (...) cielo azul (...) unos hombres monstruo que surgen del pájaro fantasmagórico y tiran bombas”.

Miró no fue indiferente a los problemas políticos de su tiempo ni a los grandes combates ideológicos del siglo XX –fascismo contra democracia– pero creía que las grandes revoluciones pasaban primero por la radicalidad de su propio trabajo artístico. Cuando le preguntaron qué era lo más importante que había hecho contra el franquismo, contestó “cosas libres y violentas”. Nunca hizo un arte panfletario porque no creía –y no se equivocaba– en el realismo socialista, tan en boga en los años treinta. Si pintó obras con contenido político fue siempre utilizando su propio len-



Joan Miró fotografiado alrededor de 1935

© CORBIS

guaje, como sucede en *Aidez l'Espagne* o incluso en *Naturaleza muerta del zapato viejo* de 1937 –una extensión de su realismo ya alucinado de los años veinte. Curiosamente, pocos se han fijado en la pieza que es la verdadera contrapartida del *Gernika* y de la *Mont-*

bativa feroz, frente a un fondo de casas incendiadas. Seguramente por ser tan sólo una acuarela y haber estado tantos años sin ser colgada, ha pasado más desapercibida que el *Zapato viejo*, hasta el día en que una feminista visionaria se la apropie para una proclama

“Después de reflexionar he decidido volver. Creo que es lo más sensato ahora para resguardar a Pilar y a la pequeña y para calmar las inquietudes de nuestras familias. Sé que ello comporta grandes sacrificios por mi parte”

serrat de Julio González, la *Femme en révolte* de 1938, una acuarela que está en el Centre Pompidou y en la que una mujer desnuda y con rostro de pantera blande una hoz: lejos de ser una víctima como las de *Gernika*, es una mujer fálica, es decir una mujer fuerte, y una com-

reivindicativa.

También hizo Miró infinidad de carteles para causas catalanistas y a favor de las libertades democráticas, con los cuales debería haberse empapelado una habitación de la Fundació y no alejarlos al Museo de Historia en donde los verá,

inevitablemente, menos gente. Porque los carteles representaron su compromiso directo, y estaban hechos para las masas: hizo tantos que los que vivimos aquel momento no les dábamos mayor importancia... Todos sabíamos que Miró era un catalanista y demócrata convencido, que estaba a favor de los jóvenes y que ayudaba a diversas y muy variadas iniciativas intelectuales progresistas.

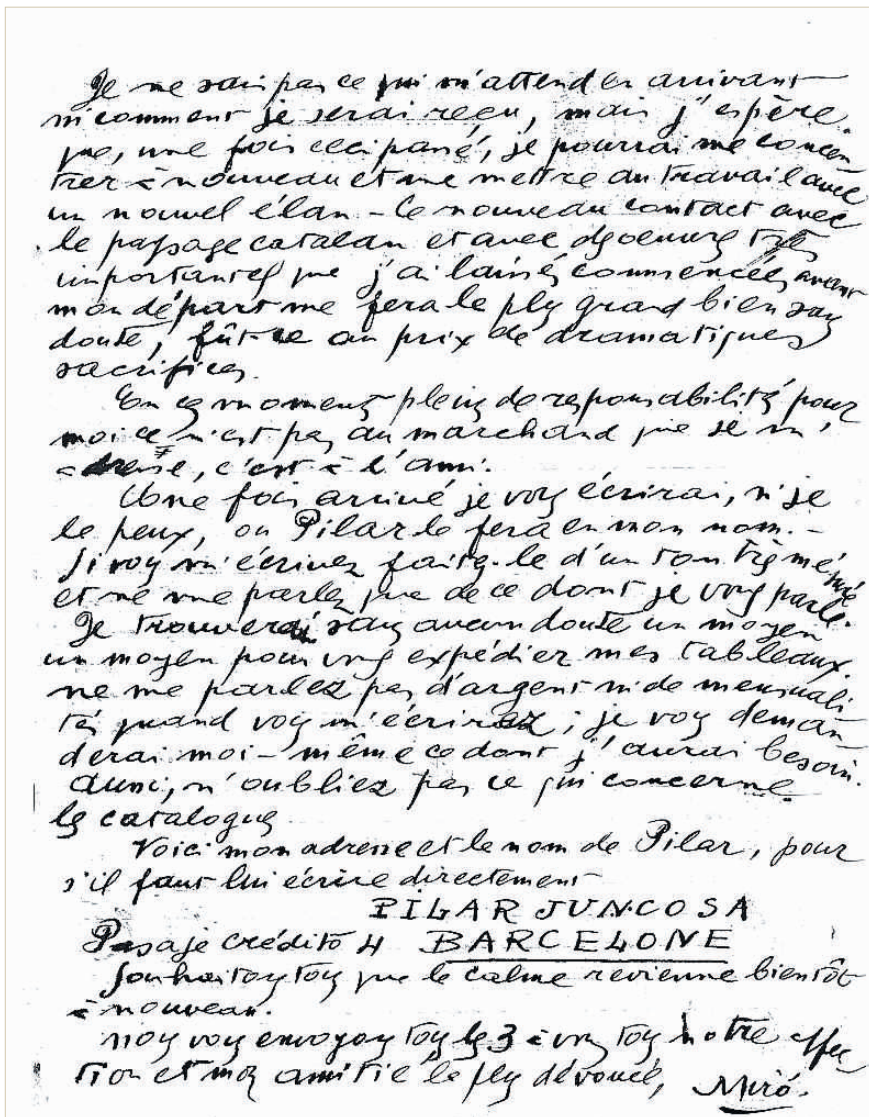
Pero así como pocas veces fue explícito en sus pinturas, en su correspondencia personal sus ideas políticas se manifestaban abiertamente. La correspondencia con su marchante Pierre Matisse, que residía en Nueva York y que pude consultar en la Pietmorgan Library de dicha ciudad, revela detalles muy interesantes.

Así, respecto a un tema espinoso que los comisarios no tratan, el del retorno de Miró a la España franquista en 1940, el pintor explica claramente su dolorosa decisión, en una carta publicada, a mi conocimiento, tan sólo en inglés y parcialmente en la cronología de Anne Umland en el catálogo *Joan Miró*, Nueva York, Museum of Modern Art, 1993.

Cuando las tropas alemanas invaden Francia en mayo de 1940 se produce la desbandada hacia el sur. Miró, que estaba en Varengeville, en Normandía, coge a su niña en una mano y las *Constelaciones* en la otra y decide volver a España. Dolores Miró –la hija del pintor– me contó hace años que oía a sus padres discutir, porque su padre quería ir a América pero su madre no. Y que Miró sufría tanto por su madre, ya muy mayor y delicada, como por percibir clarísimamente que su tierra natal le hubiera hecho mucha falta en Estados Unidos, pues se trataba de su gran fuente –por no decir la más importante– de inspiración.

Los párrafos más interesantes de esta carta, escrita el 6 de junio de 1940 desde el Hotel de France de Perpiñán, dicen así:

“Después de reflexionar he decidido volver. Creo que es lo más sensato ahora para resguardar a Pilar y a la pequeña (Dolores, su hija) y para calmar las inquietudes de nuestras familias. Sé que ello com-



porta grandes sacrificios por mi parte pero no puedo abandonar a mi pequeña familia en mitad de la tormenta. (...) No sé lo que me espera al llegar ni cómo será recibido pero espero que, una vez haya pasado esto, podré concentrarme de nuevo y ponerme a trabajar con un nuevo ímpetu. Este nuevo contacto con el paisaje catalán y con obras importantes que dejé empezadas antes de mi partida me hará, sin duda, mucho bien, aunque sea al precio de dramáticos sacrificios. (...) Si Ud me escribe, hágalo en un tono muy comedido y no me hable de lo que yo le hablo. (...) No me hable de dinero ni de mensualidades, ya le pediré yo mismo lo que necesite (...).

Y acto seguido le da el nombre de su mujer por si tiene que escribirle a nombre de ella.

Miró había participado en el Pabellón de la República; podía ser detenido y encarcelado, como le sucedió a su amigo el coleccionista y mecenas Joan Prats. Internacionalmente conocido, no era aún en su propio país el artista genial a quien nadie podía tocar (como lo fue Picasso). Se sabe que un familiar por parte de su mujer Pilar Juncosa lo ayudó a no tener problemas en la frontera, pero su miedo es palpable en esta segunda parte de la carta: había que tomar precauciones para no llamar la atención en ningún momento. Su dramático sacri-

Reproducción de la carta que Joan Miró envió a Pierre Matisse el 6 de junio de 1940

ficio fue no exponer nunca bajo el paraguas oficial de Franco y el de llevar un exilio interior. En Mallorca, era conocido hasta bien entrados los sesenta, como "el marit de la Sra. Pilar Juncosa" como Maria Lluïsa Borràs me contó.

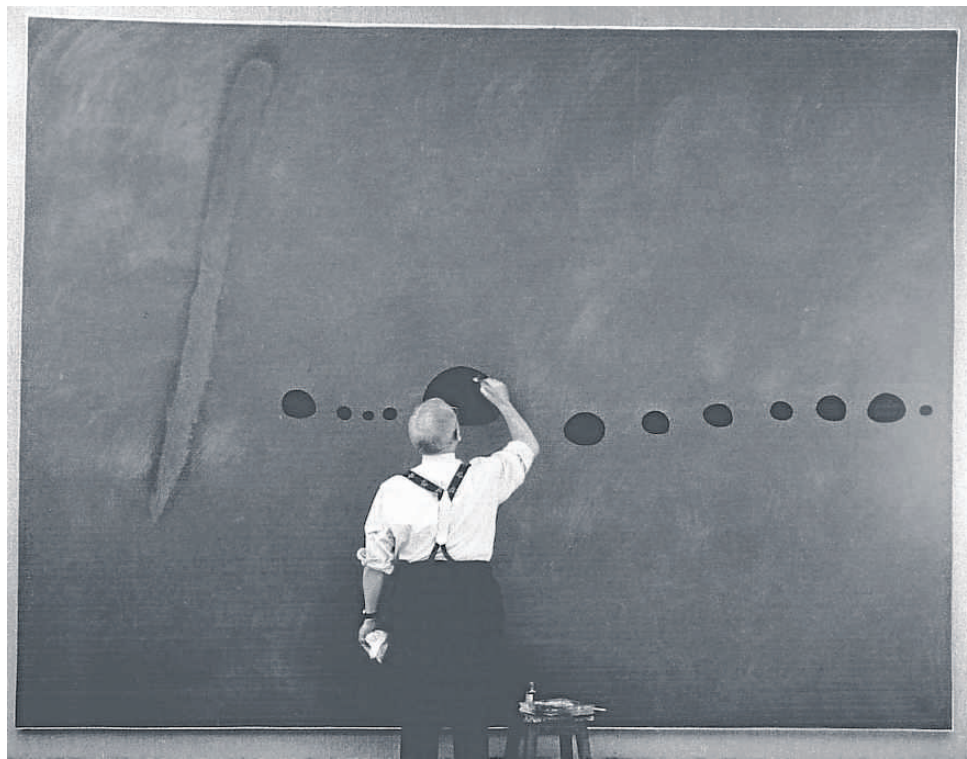
Dos años antes, en 1938, aún tenía esperanzas de que la República ganara la guerra: "la situación es

muy angustiosa en España pero lejos de ser desesperante tenemos la firme esperanza de que se producirá algún acontecimiento que hará inclinar la balanza a nuestro favor", le escribe a Pierre Matisse, el 7 abril de 1938. Pero su marchante, desde Nueva York, le aconseja que tome precauciones y que se vaya a México, en donde "el gobierno ha-

ce mucho por los refugiados españoles -allá podría esperar tranquilamente épocas mejores" (carta del 11 de octubre de 1938).

En 1939, la situación ya era dramática y Miró le escribe a Pierre Matisse que está cada vez más preocupado porque los rebeldes (es decir, las tropas franquistas) están cada vez más cerca de Montroig, en donde está su madre, pero que él está convencido de que al final acabarán "por aplastar al monstruo fascista". Un exceso de optimismo -que es detectable en todas las cartas a su marchante, sin duda para no preocuparlo en exceso- no quita que sus ideas políticas estuvieran claras. El resto de la historia ya lo conocemos: vencida la República, instaurado Franco como Jefe de Estado, y con una Segunda Guerra Mundial en Europa, presionado por sus circunstancias familiares, decide volver.

Quisiera añadir, finalmente, que si ahora Miró, a sus, pongamos, cuarenta años, quisiera exponer en el Reina Sofía, no podría. Sus ideas no cuadran con este otro realismo socialista reinante que es el arte de lo políticamente correcto. No entra en él la pintura, ni entra la lírica, ni entra la evasión. El arte para el Reina Sofía ha de ser un reflejo especular de los acontecimientos y problemáticas sociales más urgentes, globales y a ser posible, arquetípicas. Puro Zhdánov. |



Miró trabajando en 'Bleu II', que puede verse actualmente en la exposición 'La escala de la evasión'

ARCHIVO